



## **EL PENSAMIENTO DEL CARDENAL BERGOGLIO SOBRE LA CORRUPCIÓN**

*Cuando aún no era arzobispo de Buenos Aires, el hoy papa Francisco escribió un artículo titulado “Corrupción y pecado”. Años más tarde, en la Asamblea Arquidiocesana de Buenos Aires, lo volvió a difundir ante los sacerdotes y laicos de la diócesis. El extracto que ofrecemos a continuación ya fue publicado en un número anterior de Signo, pero –desgraciadamente– el texto sigue teniendo plena actualidad.*

Con frecuencia noto que se identifica corrupción con pecado. En realidad, no es tan así. Situación de pecado y estado de corrupción son dos realidades distintas, aunque íntimamente entrelazadas entre sí. Sabemos que todos somos pecadores, pero lo nuevo que se incorporó al imaginario colectivo es que la corrupción pareciera formar parte de la vida normal de una sociedad, una dimensión denunciada pero aceptable del convivir ciudadano. No quiero pormenorizar en ejemplos: los diarios están llenos de ellos<sup>1</sup>.

No podemos obviar el tema, que aparece en nuestras charlas y reuniones. Nos hará bien reflexionar juntos sobre este problema y también sobre su relación con el pecado. Nos hará bien sacudirnos el alma con la fuerza profética del Evangelio que nos sitúa en la verdad de las cosas removiendo la hojarasca que la debilidad humana, unida a la complicidad, crea el humus apto para la corrupción. Nos hará mucho bien a la luz de la palabra de Dios, aprender a discernir los diversos estados de corrupción que nos circundan y amenazan con seducirnos. Nos hará bien volver a decirnos unos a otros: “¡pecador sí, corrupto no!”, y decirlo con miedo, no sea que aceptemos el estado de corrupción como un pecado más.

---

<sup>1</sup> Sin embargo, el cardenal Bergoglio, en una recordada homilía, la del Tedéum del 25 de mayo de 2003, advertía: “No confiemos en los repetidos discursos y en los supuestos informes acerca de la realidad. Hagámonos cargo de la realidad que nos corresponde sin miedo al dolor o a la impotencia, porque allí está el Resucitado. Donde había una piedra y un sepulcro, estaba la vida esperando. Donde había una tierra desolada nuestros padres aborígenes y luego los demás que poblaron nuestra Patria, hicieron brotar trabajo y heroísmo, organización y protección social. Las dificultades que aparecen enormes son la oportunidad para crecer, y no la excusa para la tristeza inerte que favorece el sometimiento. Renunciemos a la mezquindad y el resentimiento de los internismos estériles, de los enfrentamientos sin fin. Dejemos de ocultar el dolor de las pérdidas y hagámonos cargo de nuestros crímenes, desidias y mentiras, porque sólo la reconciliación reparadora nos resucitará, y nos hará perder el miedo a nosotros mismos. No se trata de predicar un eticismo reivindicador, sino de encarar las cosas desde una perspectiva ética, que siempre está enraizada en la realidad”.

“Pecador, sí”, tal como Jesús nos enseña que lo dijo el hijo pródigo: “he pecado contra el cielo y contra tí” (Lc. 15, 21) y luego no pudo seguir hablando, pues quedó enmudecido por el cálido abrazo del padre que lo esperaba. “Pecador, sí”, como nos lo hace decir la Iglesia al comenzar la Misa. “Pecador, sí”, como lo dijo David cuando el profeta Natán le abrió los ojos con la fuerza de la profecía (2 Sam 12, 13).

¡Pero qué difícil es que el vigor profético resquebraje el corazón corrupto! Está tan abroquelado en la satisfacción de su autosuficiencia que no permite ningún cuestionamiento. “Acumula riquezas para sí y no es rico a los ojos de Dios” (Lc. 12, 21). Se siente cómodo y feliz como aquel hombre que planeaba construir nuevos graneros (Lc. 12, 16-21), y si la situación se pone difícil conoce todas las coartadas para escabullirse como lo hizo el administrador coimero (Lc. 16, 1-8), que adelantó la filosofía porteña de “el que no afana es un gil”. El corrupto ha construido una autoestima basada precisamente en este tipo de actitudes tramposas, camina por la vida por los atajos del ventajismo a precio de su propia dignidad y la de los demás.

Una de las características del corrupto frente a la profecía es un cierto complejo de incuestionabilidad. Ante cualquier crítica se pone mal, descalifica a la persona o a la institución que la hace, procura descabezar toda autoridad moral que pueda cuestionarlo, recurre al sofisma y al equilibrismo nominalista-ideológico para justificarse, desvaloriza a los demás y arremete con el insulto a quienes piensan distinto (cf. Jn. 9, 34). El corrupto suele perseguirse de manera inconsciente, y es tal la irritación que le produce esta autopersecución que la proyecta hacia los demás y, de autoperseguido, se transforma en perseguidor. Persiguen imponiendo un régimen de terror a todos aquellos que los contradicen (cf. Jn. 9, 22) y se vengán expulsándolos de vida social (cf. Jn, 9, 34-35). Le tienen miedo a la luz porque su alma han adquirido características de lombriz: en tinieblas y bajo tierra. El corrupto aparece en el Evangelio jugando con la verdad poniéndole trampas a Jesús (cf. Jn 8,1-11); Mt 22,15-22; Lc 20,1-8),

Hoy día se habla bastante de corrupción, sobre todo en lo concerniente a la actividad política. En diversos ambientes sociales se denuncia el hecho. Varios obispos han señalado la “crisis moral” por la que pasan muchas instituciones. Se trata de un momento en el que emerge de una manera especial la realidad de la corrupción.

Y, sin embargo, toda corrupción social no es sino la consecuencia de un corazón corrupto. No habría corrupción social sin corazones corruptos: “lo que sale del hombre es lo que lo hace impuro. Porque es del interior, del corazón de los hombres, de donde provienen las malas intenciones, las fornicaciones, los robos, los homicidios, los adulterios, la avaricia, la maldad, los engaños, las deshonestidades, la envidia, la difamación, el orgullo, el desatino. Todas estas cosas malas proceden del interior y son las que contaminan al hombre” (Mc 7, 20-23).

Un corazón corrupto: aquí está el asunto. ¿Por qué un corazón se corrompe? El corazón no es una última instancia del hombre, cerrada en sí misma; allí no acaba la relación (y por lo tanto la relación moral tampoco). El corazón humano es corazón en la medida en que es capaz de referirse a otras cosas, en la medida en que es capaz de adherirse, en la medida en que es capaz de amar o negar el amor (odiar). Por ello Jesús, cuando invita a conocer el corazón como fuente de nuestras acciones, nos llama la atención sobre esta adhesión finalística de nuestro corazón inquieto: “Donde esté tu tesoro allí estará también tu corazón” (Mt. 6, 21).

Conocer el corazón del hombre, su estado, entraña necesariamente conocer el tesoro al que ese corazón está referido, el tesoro que lo libera y plenifica o que lo destruye y esclaviza: en este último caso el tesoro que lo corrompe. De tal modo que del hecho de la

corrupción (personal o social) se pasa al corazón como autor y conservador de esa corrupción, y del corazón se pasa al tesoro al que está adherido ese corazón.

**Método.** Quisiera reflexionar sobre este hecho para comprenderlo mejor y también para ayudar a evitar que la corrupción se convierta en un lugar común de referencia o en una palabra más de las que se usan en el engranaje nominalista de la cultura gnóstica y de los valores transversales, esa cultura que tiende a asfixiar la fuerza de la Única palabra. Pienso que, en primer lugar, puede ayudar a adentrarse en la estructura interna del estado de corrupción “ponderando la fealdad y malicia que tiene en sí<sup>2</sup> sabiendo que si bien la corrupción es un estado intrínsecamente unido al pecado, en algo se distingue de él. En segundo lugar, también ayuda describir el modo de proceder de una persona, de un corazón corrupto (distinto al de un pecador). En tercer lugar, recorrer algunas formas de corrupción con las que Jesús tuvo que enfrentarse Jesús en su tiempo.

**La inmanencia.** No hay que confundir pecado con corrupción. El pecado, sobre todo si es reiterativo, conduce a la corrupción, pero no cuantitativamente (tantos pecados provocan un corrupto) sino cualitativamente, por creación de hábitos que van deteriorando y limitando la capacidad de amar, replegando cada vez más la referencia del corazón hacia horizontes más cercanos a su inmanencia, a su egoísmo. Así lo afirma san Pablo: “Porque todo cuanto se puede conocer acerca de Dios está patente ante ellos (los hombres injustos) Dios mismo se lo dio a conocer. Por el contrario, se extraviaron en vanos razonamientos. Haciendo alarde de sabios se convirtieron en necios” (Rom 1, 19-23).

Podríamos decir que el pecado se perdona, la corrupción no puede ser perdonada. Sencillamente porque en la base de toda actitud corrupta se erige como suficiente la expresión de su salud: se cansa de pedir perdón. Este sería el primer rasgo característico de toda corrupción: la inmanencia. En el corrupto existe una suficiencia básica, que comienza por ser inconsciente y luego es asumida como natural. La suficiencia humana nunca es abstracta. Es una actitud del corazón referida a un tesoro que lo seduce, lo tranquiliza y lo engaña: “Alma mía, tienes bienes almacenados durante muchos años; descansa, come, bebe y date buena vida” (Lc. 12,19). Y, de manera curiosa se da un contrasentido: el suficiente siempre es –en el fondo– un esclavo de ese tesoro, y cuanto más esclavo, más insuficiente en la consistencia de esa insuficiencia. Así se explica por qué la corrupción no puede quedar escondida: el desequilibrio entre el convencimiento de su auto-bastarse y la realidad de ser esclavo del tesoro no puede contenerse.

El corrupto no percibe su corrupción. De aquí también que difícilmente el corrupto puede salir de su estado por el remordimiento interno. Tiene anestesiado el buen espíritu de esa área. Generalmente el Señor lo salva con pruebas que resquebrajan el armazón y permiten entrada de la gracia. Puede ser curado.

**Aparentar.** De ahí que la corrupción, más que perdonada, debe ser curada<sup>3</sup>. El corrupto procura siempre mantener la apariencia: Jesús llamará sepulcros blanqueados a uno de los sectores más corruptos de su tiempo. En la conducta del corrupto la actitud enferma resultará como destilada y, a lo más, tendrá la apariencia de debilidades o puntos flojos relativamente admisibles y justificables. El pecado, al reconocerse tal, de alguna manera admite la falsedad de este tesoro al que adhirió o adhiere, el corrupto esconde su verdadero tesoro no ocultándolo a la vista de los demás sino reelaborándolo para que sea socialmente aceptable.

<sup>2</sup> San Ignacio, *Ejercicios Espirituales*, 57.

<sup>3</sup> Perdonada, curada: las palabras no son exactas ni adecuadas, pues todo perdón es curativo. Aquí las contrapongo como recurso para poder entender mejor.

**Comparar.** El corrupto necesita siempre compararse a otros para justificar su propia actitud. Al compararse se erige en juez de los demás: él es la medida del comportamiento moral. En el núcleo mismo del juicio que hace un corrupto se instala una mentira, una mentira a la vida, una mentira metafísica al ser que, con el tiempo, se volverá contra quien la hace.

**Triunfalismo.** Toda corrupción crece y a la vez se expresa en atmósfera de triunfalismo. El triunfalismo es el caldo de cultivo ideal de actitudes corruptas, pues la experiencia les dice que esas actitudes dan buen resultado, y así se siente en ganador, triunfa. El corrupto se confirma y a la vez avanza en este ambiente triunfal. No es triunfo, sino triunfalismo.

El corrupto, al integrar en su personalidad situaciones estables de degeneración del ser, lo hace de tal manera que alienten un sentido optimista de su existencia. El corrupto no tiene esperanza. El pecador espera el perdón; el corrupto, en cambio, no, porque no se siente en pecado: ha triunfado.

Es precisamente este triunfalismo, nacido de sentirse medida de todo juicio, el que le da ínfulas para rebajar a los demás a su medida triunfal. Me explico: un ambiente de corrupción, una persona corrupta, no deja crecer en libertad. El corrupto no conoce la fraternidad o la amistad, sino la complicidad. El pecado y la tentación son contagiosos, la corrupción es proselitista.

Esta dimensión proselitista de la corrupción señala actividad y actitud para convocar. Podría encuadrarse en el plan de lucha de Lucifer, como caudillo, que San Ignacio presenta en *Los Ejercicios*. No se trata de una convocatoria a cometer pecados sino a enrolar en estado de pecado, en estado de corrupción.

**Resumiendo.** La corrupción no es un acto, sino un estado, estado personal y social, en el que uno se acostumbra a vivir. Los valores (o desvalores) de la corrupción son integrados a una verdadera cultura, con capacidad doctrinal, lenguaje propio, o modo de proceder peculiar. Es una cultura de pigmeización, por cuanto convoca a prosélitos para abajarlos al nivel de la complicidad admitida.

No siempre alguien se transforma de golpe en corrupto. Más bien es al revés. Hay un camino por el que uno se va deslizando. Y ese camino no se identifica sin más con el camino de cometer pecados. Uno puede ser muy pecador y –sin embargo– no haber caído en la corrupción: quizás sea el caso de Zaqueo, Mateo, la Samaritana, Nicodemo, el Buen Ladrón, los cuales tenían algo en su corazón de pecador que los salvó de la corrupción. La adhesión a la inmanencia, la adhesión propia del corrupto, no había cristalizado aún, estaban abiertos al perdón. Sus obras eran obras malas muchas de ellas, pero –a la vez– ese corazón que las producía sentía su propia debilidad. Y por ahí podía entrar la fuerza de Dios.